

## CAPITULO III.

## Del fomento de la agricultura.

« No se ha pensado en recompensar al cultivador inteligente. »

INTRODUCCION, p. 1.

DESDE luego se advierte aquí un síntoma del sistema erróneo de Filangieri, relativo al influjo de la proteccion de los gobiernos. Como reproduce sin cesar esto mismo en su obra, voy á aprovechar esta ocasion para refutarlo; pero debo buscar el origen de su error que ha sido el de muchos hombres ilustrados del siglo diez y ocho.

Cuando los filósofos de aquella época empezaron á analizar algunas de las principales cuestiones de la organizacion social, se asombraron de los males causados por las vejaciones y medidas

ineptas de la autoridad; pero como novicios en la ciencia, pensaron que haria tanto bien un uso diferente de esa misma autoridad, como mal habia causado su empleo vicioso. No conocieron que el vicio estaba en su propia intervencion y que lejos de pedirla obrára de distinto modo que hasta entonces lo habia hecho, era preciso suplicarla que *no obrase*. En su consecuencia se les vé apelar al gobierno para obtener todas las reformas que proponen: agricultura, industria, comercio, luces, religion, educacion, moral, todo se lo someten con tal que se conduzca segun sus miras.

El último siglo cuenta muy pocos escritores que no hayan caido en este error. Turgot, Mirabeau y Condorcet en Francia; Dohm y Mauvillon en Alemania; Tomas Payne y Bentham en Inglaterra y Franklin en América; tal es á corta diferencia la lista de los que han creido que tanto para los progresos como

para las necesidades, para la prosperidad de todos los estados, como para el éxito de todas las especulaciones, para la cuota de las producciones como para su equilibrio era indispensable recurrir á la libertad, al interés individual y á la actividad, que inspiran al hombre el ejercicio de sus propias facultades y la desaparición de toda traba. Los otros prefirieron la protección á la independencia, el fomento á las garantías y los beneficios á la neutralidad.

La mayor parte de los economistas han cometido también el mismo error, y sin embargo son tanto menos disculpables cuanto que su máxima fundamental parecía deberles preservar de aquel error.

*Déjese obrar y déjese pasar* era su divisa, pero casi solamente aplicaron estos principios á las prohibiciones. El fomento les sedujo, sin ver que las prohibiciones y el fomento no son otra cosa

mas que dos ramos de un mismo sistema y que admitiendo los unos, forzoso será consentir en los otros.

La agricultura era entre todas las profesiones la que los economistas querían sacar del estado de envilecimiento en que estaba sumergida. Su axioma favorito de que la tierra es el único origen de las riquezas, les hacía dar una extremada importancia al trabajo que la fecunda: una justa y legítima indignación se apoderaba de ellos al considerar la opresión que abatía la clase que en su sentir era la mas indispensable y laboriosa.

He aquí el origen de sus proyectos quiméricos para ensalzar esta clase, para rodearla de consideración y aun de ilustración.

La idea *de recompensar al cultivador inteligente que por su trabajo ó nuevos descubrimientos hallase el medio de acrecentar la riqueza pública* no es

pues, parto de Filangieri. Pudo muy bien haberla tomado de los economistas, por egemplo del marques de Mirabeau, autor del *Amigo de los hombres*; pues parece adherirse con particularidad á aquella idea, volviendo de nuevo á ella con mucho mas empeño, y mas detenidamente en otra parte de su obra (libro II capítulo xv) en donde encareciendo su primera proposicion, quiere que ademas del fomento pecuniario se instituya una orden (que debiera llevarla el mismo soberano), con el objeto de condecorar con ella á los agricultores mas hábiles.

Si se considera la época en que Filangieri proponia estos medios pueriles y extravagantes se concebirá lo absurdo de ellos.

Era en un tiempo en que la clase agrícola se hallaba sometida á unas leyes y pagaba unos impuestos que ningun representante nombrado por ella habia discutido ni consentido; en una época

en que sin órganos para reclamarni medios para defenderse sufría en silencio al parcialidad de aquellas leyes y la ilegalidad de tales impuestos; en un tiempo en que pesaban sobre ella toda clase de servidumbres, interrumpian su trabajo y turbaban su reposo; en una época en fin en que colocada en el último escalon de la gerarquía social soportaba en último resultado el peso de las cargas públicas, pues cada una de las otras clases huía el hombro para eximirse de él.

Añádase á estas desgracias, legales por decirlo así, las opresiones accidentales que resultaban del aislamiento de esta clase agrícola, de su pobreza, de su posicion desarmada, de la inmensa distancia que la separaba del poder supremo, y condenaba sus gemidos á evaporarse en los aires; la insolencia de los poderes intermediarios que interceptaban sus reclamaciones, la facilidad de

oprimir contra las leyes ó segun ellas, á unos hombres que ignoraban igualmente su proteccion ó amenazas; la rapacidad del fisco que agotaba las riquezas y debia indemnizarse á costa del pobre; la arbitrariedad tanto mas agravante quanto que se ejercia en detalle sobre unas víctimas oscuras, y que se hallaba diseminada entre una multitud de agentes subalternos, visires lugareños, que ejercian á cubierto sus vejaciones.

Y en tal estado de cosas, como remedio á ellas propone Filangieri fomentos para la agricultura y distinciones para los agricultores. La agricultura estaba herida en sus bases, y privada de los medios de reproduccion. Los agricultores eran ilotas, defraudados de todos los derechos, sobrecargados con todas las labores y condenados á todas las privaciones. La misma autoridad, aun con intenciones bienhechoras no podia remediar aquel mal incurable. La natu-

raleza es mas fuerte que la autoridad y quiere que toda causa produzca su efecto y que todo árbol eche su fruto. Todos los proyectos filantrópicos son otras tantas quimeras cuando no les sirve de base una libertad constitucional y solo pueden servir de texto á las amplificaciones oratorias de algunos declamadores honrados: pueden tambien ofrecer á los ministros sagaces el medio de ocupar de un modo nuevo y picante las horas perdidas de su amo: pueden en fin engañándole calmar sus remordimientos, si el espectáculo de la miseria pública los produce en su corazon; pero ni la clase agrícola ni la agricultura ganan nada con todos estos paliativos impotentes.

El estado de la clase agrícola será deplorable, en cualquiera parte en donde no tenga en sí misma, esto es, por los órganos que su eleccion identifica con ella una certidumbre de reforma pública y

legal. El estado de esta clase era miserable en Francia antes de la revolucion : pongo por testigos la talla, la servidumbre, la milicia, las veintenas, las capitaciones; los subsidios, las manos muertas laumios y ventas, la embriaguez y todas esas innumerables cargas, tanto pecuniarias como personales, cuyos nombres diversos y extravagantes llenarian inútilmente páginas enteras. Atestiguo con las exenciones, no menos numerosas, reclamadas tan escandalosamente y obtenidas con tanta facilidad por las clases elevadas, como si sus deberes para con la sociedad hubieran sido en razon inversa de las ventajas que ella les garantiza. Atestiguo en fin con las tierras empobrecidas y mal cultivadas limitrofes á los parques suntuosos, y las chozas cubiertas de bálago que circundan esas quintas soberbias; protestas silenciosas, que han llegado á ser harto enérgicas, contra semejante órden social.

Filangieri y los publicistas que le han seguido hubieran debido penetrarse de estas verdades. En lugar de soñar en fomentos parciales, en vanas distinciones arrojadas al acaso desde lo alto del trono y distribuidas segun el capricho de algunos agentes infieles, habrian debido reclamar las garantías que debe cualquier pais al ciudadano que le habita, sin las cuales son ilegítimos todos los gobiernos.

Con estas garantías, la agricultura bien asi como cualquiera otra clase de industria, no necesitaria de la proteccion del poder. Es inútil enteramente que se mezcle la autoridad en formentar lo que es necesario, bastante es que no le ponga trabas, pues se obedecerá á la necesidad. Cuando de parte del gobierno, no hay una accion viciosa, los productos estan siempre en razon directa de los pedidos. Exceptuando los casos imprevisos y las calamidades repentinas, que por lo comun son muy raras cuando

se deja obrar á la naturaleza; pero que los gobiernos por sus malas disposiciones crean con mas frecuencia que no se piensa y sobre lo cual hablaré en otra parte de este comentario: en el orden regular de las cosas, la agricultura no necesita fomento sino seguridad, y esta solo se halla en las buenas instituciones constitucionales. ¿Cuando la persona del agricultor puede ser arrestada por que tiene por vecino á un delator ó por enemigo á algun criado de un hombre poderoso, cuando puede gravarse el fruto de su trabajo con imposiciones excesivas por que tal ó cual propietario, rico ó noble se hace exceptuar, cuando se le arrancan sus hijos, útiles compañeros de sus operaciones diarias, para llevarlos á perecer en guerras lejanas, ¿será creíble que inquieto sobre lo presente y sobresaltado con lo porvenir, persevere en agotar todos los esfuerzos cuyo beneficio no tiene seguro? Voso-

tros sois los que procurais á su alma la desesperacion y el abatimiento y pretendéis en seguida fomentarlo. Vosotros vejais, oprimis y arruinais la clase entera é imaginais que una lijera limosna, ó lo que aun es mas ridículo, una condecoracion inventada por vosotros mismos, y conferida desdeñosamente á uno que otro individuo protegido por vuestros agentes, reanimará acaso esta clase empobrecida y espoliada. Vuestra inepticia ó despotismo han esterilizado el suelo, y creéis que vuestros favores, como la presencia del sol le vuelvan su primera fecundidad. Vosotros os presentais, sonreis y distribuis un si es no es de vanas é ilusorias distinciones, y el trabajo al oiros va á creerse honrado durante algunos siglos. ¡Estraña arrogancia! charlatanismo grosero con que se alucinaban tiempo ha algunos visionarios honrados, pero que gracias al cielo se desacredita cada dia mas. El

emperador de la China se digna tambien con sus manos imperiales conducir un arado y hacer un surco en un dia de fiesta, y esto no impide que la China sea continuamente presa de la hambre y que los padres echen en los rios los hijos que no pueden alimentar. La causa está en que la China es un estado despótico y que cuando los cultivadores se ven tratados á palos todo el año, el honor que se les cree hacer un solo dia de él no los indemniza ni consuela.

Me veré precisado á refutar mas de una vez el sistema de los fomentos, cuando Filangieri trate de la industria; por consecuencia me refiero á otras aclaraciones que probarán que es dañoso este sistema, aun respecto de la moral.

## CAPITULO IV.

De la conversion de los príncipes al sistema pacífico.

« El grito de la razon llegó al fin hasta los  
» tronos : los príncipes han empezado á co-  
» nocer que el verdadero origen de la gran-  
» deza no está en la fuerza ni en las armas. »

INTRODUCCION, p. 2.

¿ Es indudable acaso, que por qué la razon ha llegado hasta los tronos, hayan empezado á conocer los príncipes que deben respetar mas la vida de los hombres y que su verdadera grandeza no estaba en la fuerza ni en las armas? Yo me daría por muy satisfecho en adoptar esta lisongera suposicion; pero no puedo menos de tener ciertos escrúpulos. Me traslado á aquel momento en que Filangieri escribia estas líneas y echo una